

Se honra nuestro Boletín con la reproducción de un artículo firmado por el destacado escritor y articulista D. Alfonso Paso.

Al copiar íntegramente este artículo, publicado en el diario «ABC», solo pretendemos destacar, aparte de su indudable interés, la identidad de intención con nuestro modesto Editorial del pasado mes de Mayo.

LA MALA INTENCION

He aquí una penosa enfermedad que, desde hace siglos, viene clavando sus garras en los hombres de España. Una enfermedad ridícula en parte; en parte, angustiosa. No soy optimista. He dicho infinidad de veces que soy “razonablemente optimista“, lo cual ya es distinto. Por ello me permito llamar enfermedad a la mala intención y no atribuirle—como se hace por ahí—calidad de vicio nacional o de característica genotípica del español. Yo sé que muchas malas intenciones se quitarían con una buena dosis de Libileno o con cualquier regulador químico del neurovegetativo. Pues en el noventa por ciento de los casos, el mal intencionado es un ser en permanente desequilibrio moral y físico. Es un tipo gobernado por traumas psíquicos, oscuros complejos y terribles sentimientos de frustración. Pero también el criminal suele ser un psicópata en rebeldía con la sociedad, y a ésta no le cabe más remedio que eliminarlo sin tener muy en cuenta su índole, su carácter y sus morbosos impulsos. Aquí surge el problema. ¿Qué hacemos con los enfermos de mala intención? ¿Los sometemos a una cura psicoterápica? ¿Emprendemos con ellos una labor de reeducación social? ¿Los mandamos al diablo sin sentir la menor piedad por su mal? Grave, grave cuestión. Porque lo que no podemos es vivir contando con la mala intención. Eso sí que no. A eso no nos resignamos. No queremos resignarnos a que de nuestras frases se cojan sólo ciertas palabras y éstas se interpreten a gusto del mal intencionado y con la peor mala fe. No queremos resignarnos al cotilleo, la murmuración, la calumnia, la insidia. No. Es intolerable—por pequeño ejemplo—observar cómo una muchacha buena teme al sereno si de noche sale a la más inocente diversión, porque el sereno puede imaginar esto o lo otro. Y esto o lo otro es siempre lo peor. Resulta absurdo tener que quitar del diálogo de una comedia tal frase, porque hay quien puede tomarla en cual sentido. Y este sentido será invariablemente el más torpe, el más insano y negativo. Es fastidioso observar cómo los seres positivos, además de su lucha personal, han de establecer una batalla diaria contra la mala intención para poder subsistir.

Hay palabras que casi nos hacen llorar. A mí, particularmente, me emociona de modo especial la palabra “libertad“. Yo no entiendo la libertad al modo parlamentario o político que muchos la entienden. Para mí, la libertad, como el sentido del bien y del mal, como la huida ante el peligro, es algo innato en el hombre. Es un instinto. Obtenerla en su lado práctico y utilitario es consecuencia de una conducta. Pero se nace libre o no. Y cuando se ha nacido libre es inútil cuanto se haga por evitarlo. Ser libre es irremediable; la mala intención es el grillete más duro y molesto que en nuestra patria puede colocarse a la libertad rectamente entendida. Y tenemos perfecto derecho a ser libres. Yo opino que la libertad empieza por la negativa a hablar mal de alguien gratuita y desconsideradamente. La libertad comienza por la negativa a participar en los pequeños complots domésticos